

Resistir la pandemia desde el confinamiento

Bily López

Ciudad de México, 11 de marzo de 2020. La OMS cataloga el COVID-19 como una pandemia. Aquí hay sólo una decena de casos confirmados y ni una sola muerte. Estoy de sabático. Las mañanas me pertenecen por completo, aprovecho que Nicolás está en la escuela para escribir y leer todo lo que puedo. Escribo, como, bebo, leo. Soy feliz. Es el estado ideal. Por las tardes me alterno con Alejandra la crianza de Nicolás; mi condición sabática y sus ocupaciones extremas me permiten cuidarlo más tiempo y en realidad es algo que agradezco, pues tiempo es lo que siempre hace falta con los hijos en este mundo de experiencias tecnificadas, temporalidades contraídas, e hiperproductividad de alta demanda.

Magdalena Contreras, 16 de marzo. Fase uno del contagio en el país. No hemos alcanzado el centenar de casos confirmados y aún no se ha registrado ninguna muerte. No ha dado inicio el contagio comunitario. España e Italia han comenzado a subir sus números estrepitosamente. Se aducen varias causas, entre ellas, la más anodina —pero verosímil hasta el momento— es el alto porcentaje de gente mayor en esos países. Aquí no parece tan grave. Todavía hace unos días se llevó a cabo un festival masivo de música y a la gente no pareció importarles el virus. Nosotros queríamos llevar a Nicolás a ese festival porque estarían los personajes de 31 minutos. No obstante, la prudencia nos gobernó y desistimos sin demasiados lamentos.

Calle Juan Álvarez, Col. La Concepción, 25 de marzo. Ayer se declaró el inicio de la fase dos de la pandemia. Hugo López-Gatell, Subsecretario de Salud, ha sido enfático: Quédate en casa. Hay cerca de quinientos casos confirmados y siete defunciones por COVID. La UACM ha suspendido labores desde hace una semana. La FFyL de la UNAM sigue en paro. No doy clases. Me quedo en casa. Para anacoretas como yo, el encierro no está mal. Salvo el dolor del mundo, en casa todo va bien. El ajeteo académico-administrativo ha disminuido y, aunque tengo un poco menos de tiempo para leer y escribir, estar con Alejandra y Nicolás veinticuatro por siete es invaluable. Afuera, no obstante, el horizonte no es alentador. Hay gente que no puede parar ni quedarse en casa, porque vive al día. Hay gente que no cree en la existencia del virus. Hay gente más temeraria que sí cree en él, pero no le da importancia. Desde hace algunos días, junto con el Grupo de Investigación Transversal sobre Biopolítica y Necropolítica, decidimos pensar con más minucia lo que está pasando. Una primera exploración nos ha permitido advertir que el peligro no está en el virus —pues su letalidad es muy baja—, sino en las estrategias que en el mundo se comienzan a poner en marcha para hacerle frente. La administración de la vida y la muerte, el disciplinamiento, la vigilancia y el control de la población, la ponderación de la vida de unos por encima de la de otros, el

dominio del régimen económico en la toma de decisiones de los gobiernos. Todos estos factores ya estaban ahí antes del virus, pero ahora se muestran diáfanos, crudos, alrededor del mundo. Aunado a ello, la estulticia de las masas: compras de pánico, largas filas para agotar el papel higiénico, aglomeraciones en centros comerciales, desinformación flagrante, indolencia de egos hipercapitalizados que creen que velar por su bienestar personal es un imperativo vital. En estos días se hace evidente que el peligro no está en el virus, sino en el capitalismo y las subjetividades que a su cobijo se han creado.

Mi estudio, 31 de marzo. Dos semanas de confinamiento. Ayer se decretó el estado de emergencia sanitaria en el país. El *home office* se comienza a acumular. Los libros se amontonan. Hay hojitas con pendientes por todos lados. El gato comienza a mirarnos con recelo. ¿Qué hacen aquí?, parece preguntarse todo el tiempo. Alejandra tiene sesiones virtuales para continuar impartiendo sus cursos. La migración hacia las plataformas virtuales no ha sido fácil. Además, están sus labores como consejera universitaria. El día se le va en reuniones, juntas, acuerdos, discusiones. Todo en línea, improvisado. Nadie estaba preparado para esto. El funcionamiento de las instituciones es oblicuo, incierto. Mis preocupaciones académico-administrativas son menores que las de ella. La angustia, no obstante, comienza a apoderarse de mí con el mismo vértigo con el que los trastes sucios se acumulan en el fregadero. La alegría de Nicolás me rescata del hundimiento afectivo y me obliga a sumergirme en los abismos de la teoría. Pensar es siempre un gusto, pero en estos tiempos es una obligación ineludible.

No obstante, pensar en contextos de crisis maximiza las dificultades propias del pensamiento. La obnubilante normalidad, gobernada por seguridades ficticias y felicidades de superficie, ha quedado suspendida por un estado de peste —como le ha llamado Josu Landa— de difícil determinación. Nuestro *habitus* ha sido sacudido. Trastorno de lo cotidiano. Quienes nos quedamos en casa, así como quienes han quedado expuestos a la *nuda vida* por dedicarse a actividades esenciales, tenemos ahora una experiencia desplazada del mundo. En este país, la sana distancia o quedarse en casa constituyen acontecimientos discursivos que se han posicionado en medio de las actividades cotidianas, alterándolas. El otro se ha vuelto objeto de nuestra sospecha permanente, de nuestra vigilancia, nuestro enjuiciamiento y nuestra amonestación. Al parecer poseemos una fascinación patológica por el escarnio social, y por presumir una siempre fanfarrona superioridad moral.

El terreno del discurso es un terreno fértil para hacer análisis en estos días. Connotados filósofos cercanos a la biopolítica han publicado textos en los que pareciera que el interés principal es poner sobre la mesa que ellos siempre han tenido la razón, y no un interés comunitario que, además de señalar la estulticia, interroga o indaga por salidas ante la crisis. Agamben es una decepción, sin duda puede hacerlo mejor que eso. Nancy es telegráfico y superficial. Byung-Chul Han, maestro de las obviedades, no abandona su terreno. En contraste, David Harvey, alejado del paradigma biopolítico y centrándose en la economía, ha arrojado buenas luces sobre el problema.

Mientras tanto, la angustia no para. En casa, en la calle y en las redes sociales, la zozobra se ha apoderado de las personas. Presos de una impresionante producción discursiva que en diferentes registros gira en torno al acontecimiento de la pandemia, la gente no para de lavarse las manos, de usar gel desinfectante, de tratar de alejarse lo más posible de los otros y de tratar de sacar adelante las tareas pendientes. La hiperproductividad en la emergencia es una de las más grandes angustias en diferentes niveles. El acontecimiento pandemia ha sabido, en este país, posicionarse discursivamente por encima de los feminicidios, la violencia del narco, el asesinato de activistas ecológicos, la desaparición de personas, el extractivismo, y la profunda desigualdad social y económica; y no es que hayan cesado. Lo que importa, por ahora, es el virus, sus efectos, la salud, la prevención, el número de enfermos y decesos, aplanar la curva. Qué importante es el monopolio del discurso.

Es necesario recordar que ningún *acontecimiento* es un *hecho*, que ninguna realidad se impone frente a otra más que por medio de la violencia y la anuencia frente a ella, que los acontecimientos discursivos se materializan de diferentes maneras y por innumerables vías, y que la mejor manera de hacerles frente es mediante formas de producción discursiva estratégica que instaure nuevas prácticas ético-políticas que avancen en otra dirección. Comprender la situación desde la instauración de sus propias discursividades coadyuva a recordar que toda realidad se instaura así, y que nuestra actitud frente a los diferentes acontecimientos depende de nuestras propias estrategias discursivas —aprendidas o inventadas— para hacerles frente. En estos días, hay que cuidar de nosotros y los otros de todas las maneras posibles. Hay que redescubrir y reinventar el cuidado, la cura, eso que Heidegger llama *Sorge* y Vattimo *caritas*.

El virus, indudablemente, está ahí, pero la envergadura de su aparición es tal gracias a la discursividad gubernamental y sus estrategias que expresamente velan por la economía, la salud y la seguridad de la población, pero que veladamente operan el disciplinamiento, la vigilancia y el control de los ciudadanos en aras de sus perniciosas formas de gubernamentalidad capitalística. El virus ha visibilizado muchas de las injusticias y paradojas de nuestras formaciones políticas. Hay que hacer algo. Lo que sea. Hay que hacerlo.

La sala de mi casa, 7 de abril. Se estiman alrededor de diez mil contagios, entre confirmados y sospechosos. Las muertes por COVID ascienden a ciento cuarenta y uno. Las curvas de contagios en todo el país ascienden estrepitosamente. Nicolás sigue muy contento porque estamos todos los días y a todas horas con él. Reflexiono. Aún hay espacio para la calma. El mundo no ha cambiado radicalmente, sólo se ha desplazado. En ese desplazamiento, se han abierto nuevas posibilidades para conectarnos con nosotros mismos, con los otros, con el hogar, con los dispositivos tecnológicos, los deberes y las aficiones, incluso —y sobre todo— con las propias convicciones. Después de algunos días de encierro, se impone la necesidad ineludible de guardar la calma y cultivar la serenidad, recordando que toda realidad es una producción de diferentes ídoles, y que siempre podemos re-habitar y re-significar todos esos espacios —físicos y no— que la obnubilante normalidad nos había estado robando durante los últimos días, meses, años o vidas.

15 de abril, otra vez mi estudio. Los números del COVID en el mundo son ya alarmantes. Hay sistemas de salud completamente colapsados. Estados Unidos ha tomado la delantera en casos confirmados y decesos por el virus. No sólo se trata de la estupidez de su presidente, la gente hace su parte. Italia, Francia, España, Brasil y Ecuador ofrecen imágenes brutales. El horror y el miedo se han apoderado de una buena parte de la población. Cada vez aparecen más textos de pensadores, activistas y advenedizos que aseguran que estamos frente a una necropolítica global. Hay que ser más precavidos.

Los conceptos modelan los fenómenos, los hacen pensables. Aquello que se nos presenta como *realidad* lo hace de maneras específicas gracias a los conceptos con que lo estructuramos, delineamos y recubrimos. Se piensa, por lo general, frente a problemas, frente a fenómenos o situaciones que nos interpelan y exigen algún tipo de esclarecimiento. Por eso hay que ser precavidos al inventar o utilizar conceptos, pues nuestra posición frente a los problemas depende siempre de la precisión de los conceptos con que les hacemos frente.

Biopolítica y necropolítica son un par de conceptos que en los últimos años han sido utilizados por diferentes pensadores para dar cuenta de fenómenos específicos que acontecen en el mundo.

Aunque Foucault no fue el primero en utilizar el concepto *biopolítica*, sí fue en su pensamiento en donde se volvió relevante. En términos muy generales, se puede afirmar que biopolítica es para Foucault una forma específica de uso del *biopoder*. Este poder sobre la vida puede ejercerse de dos formas diferentes, como anatomopolítica —cuando se ejerce como disciplina sobre los cuerpos—, o como biopolítica —cuando se ejerce como control sobre las poblaciones—. Para el pensador francés, algunos de los ejercicios de poder en las sociedades contemporáneas pueden comprenderse a partir de estas tecnologías de poder cuyo nacimiento se sitúa entre los siglos XVII y XVIII.

La biopolítica, específicamente, es una forma de gubernamentalidad cuya racionalidad se fundamenta en el cálculo, la administración y el máximo aprovechamiento de los recursos al interior de un territorio, incluida la población que lo compone. Este ejercicio gubernamental no es posible al margen del modo de producción capitalista, así como del liberalismo económico surgido en Europa en el siglo XVIII. Para el ejercicio de sus poderes sobre la vida, la razón de estado biopolítica toma en cuenta la vida de las poblaciones como fenómeno de masa, de modo que fenómenos como la natalidad, la mortalidad, la salud, la enfermedad, la sexualidad, la seguridad y las actividades económicas son de toda su incumbencia, pues de lo que se trata es de maximizar la producción de la población en función de todos los otros recursos disponibles para la generación de riqueza. A diferencia del paradigma de las sociedades disciplinarias y de soberanía, la máxima sobre la que se rige la gubernamentalidad biopolítica es la de *hacer vivir y dejar morir*.

Después de Foucault, numerosos teóricos se han apropiado de sus hipótesis para discutirlos, ampliarlos, corregirlos o radicalizarlos. De modo que en todo lo que va del siglo XXI se han esbozado numerosas teorías en torno al racismo, la guerra, la seguridad, la inmunidad, el estado de excepción y la indefensión de la vida de los seres humanos desde el

paradigma biopolítico, que propone y supone que en las sociedades contemporáneas los individuos están sujetos a órdenes de disciplina, control y vigilancia prácticamente infranqueables.

Dentro de este espectro, Achille Mbembe advirtió que han existido sociedades — algunas de ellas muy contemporáneas— en las que el paradigma de soberanía no consiste en *hacer vivir y dejar morir*, sino en un deliberado *hacer morir*. Para sostener su propuesta, Mbembe utiliza ejemplos concretos, como las plantaciones africanas, los territorios ocupados por la guerra en Irak, así como el apartheid sudafricano. Se hablaría, en estos casos, no de *biopolítica* sino de *necropolítica*, pues lo que se calcula, administra, controla y produce no es la vida, sino la muerte.

Hay que notar que la muerte no está ausente en el paradigma biopolítico. En él, el cálculo se hace sobre ciertas formas de vida que deben producirse y cuidarse, y todas aquellas que no caben en este espectro, sencillamente se abandonan a su muerte, también bajo cálculos cuidadosos; la muerte, digamos, se calcula, se tolera, se deja pasar, pero no se produce. En el paradigma necropolítico, por el contrario, no sólo se hace un cálculo sobre la muerte, no sólo se abandona a ciertos sectores de la población a su muerte, sino que hay una producción activa y deliberada de ella; el asesinato es el ejercicio fundamental de la soberanía.

Visto así, es claro que la actual situación de pandemia que enfrenta el mundo es una situación que se describe claramente desde los planteamientos generales de la biopolítica. Es necesario ser más cuidadoso si se quiere aplicar con más rigor el concepto de necropolítica en contextos diferentes a los señalados por Mbembe. Más aún, tomando en cuenta que el capitalismo y el liberalismo han mutado desde el siglo XVIII, que el capitalismo no es el mismo en todas las regiones del mundo, y que lo que se considera como vida en el siglo XXI no es lo mismo que hace tres siglos —entre muchos otros factores—, ¿no tendríamos que empezar a sospechar de la precisión del paradigma biopolítico en aras de diagnósticos más certeros?, ¿no tendríamos que empezar a dejar de lado la fascinación biopolítica por encontrar determinaciones de la población por todas partes, y comenzar a promover nuevos entramados conceptuales que posibiliten nuevas formas de liberación, de producción o de revuelta?

19 de abril, otra vez la sala. Es cumpleaños de Nicolás. Estamos los tres solos. Videoconferencia con la familia. Risas. Quisiera que estuvieran aquí, abrazarles, besarles, recordarles cuánto les quiero. Mi nostalgia se diluye en los píxeles de las pantallas de los dispositivos. El gato ya no nos soporta.

21 de abril, la cocina. Hoy inició la fase tres de la contingencia. El trabajo es un desastre. Los pendientes no dejan de acumularse. La concentración no existe. El sufrimiento de la gente habita mis pensamientos insistentemente. El afuera y el adentro que nos hemos inventado no es funcional. Todos estamos afuera. Todos estamos arrojados a la *nuda vida*, sólo es cuestión de tiempo para que sea visible. Nadie debería estar en ese lugar. Las cifras son un desastre. Las noticias, los rumores y los reportajes construyen un cerco de terror que produce ganas de morir. Se habla de héroes en donde debería hablarse de esclavos. Se agrade

al personal médico. A lo lejos se escuchan las sirenas de las ambulancias y, en el fondo, más de una fiesta. Se condena a quienes salen a trabajar sin reparar en los patrones. No sabía que la minería, los *call centers* y las maquilas fueran actividades esenciales. No lo son. Pero no han parado. Se trata de acumulación originaria. Despojo. Barbarie. Los empresarios del país no protegen a los trabajadores, sólo les interesa su capital. Qué mundo más jodido nos hemos inventado y soportado. A estas alturas, los textos de Žižek, con quien nunca he simpatizado, me parecen más pertinentes, pues al menos pugnan por un cambio.

24 de abril, otra vez mi estudio. No soporto a los intelectuales. A raíz del acontecimiento de la pandemia, desde el pasado mes de marzo se han popularizado en redes las opiniones de algunos filósofos *mainstream* al respecto. Incluso se recopiló un libro cuyo discriminatorio título me niego a reproducir.

El flujo de estas informaciones ha sido francamente decepcionante. Por una parte, porque aquello que los portales de noticias, las redes y algunos colegas suelen entender como “filósofos” y “filosofía” por lo general queda encerrado en un núcleo muy reducido de pensadores varones europeos o norteamericanos que piensan desde su condición de privilegio. ¿Sabrán cuánto cobra Agamben por dar una conferencia? Por otra parte, es decepcionante porque la mayoría de estos pensadores, que piensan desde el paradigma biopolítico o sus derivaciones, parecen regodearse al encontrar en la pandemia un ejemplo perfecto para mostrar que siempre han tenido la razón, que sus teorías son correctas. Incluso los debates entre ellos parecen orientarse a demostrar quién tiene la razón y no a encontrar pautas que nos permitan a todos hacer frente a esta crisis. La decepción se consolida cuando se hacen compilaciones, en libros o artículos, que contienen aquello que “los filósofos” dicen sobre la crisis, lo que les preocupa, o lo que prevén que pasará en el futuro próximo.

Es como si los textos mayores o *mainstream* no pudieran abandonar el fatalismo, la dominación, el apocalipsis y los ejercicios de poder, y su única apuesta fuera por seguir insistiendo en ello, en su descripción *ad nauseam*; y es como si estos discursos fueran tomados acriticamente por la comunidad filosófica —y el resto de los internautas—, y no se pudiera decir nada más, pues quienes hablan son los “especialistas”.

Ante este panorama, habría que recordar que la filosofía, allende su pretensión de universalidad, es siempre un ejercicio singular y situado en contextos específicos, cuyas procedencias deben ser tomadas en cuenta para calcular sus posibles repercusiones en los diferentes ámbitos en los que se insertan; que no todas las ramas de la filosofía parten de los mismos presupuestos, y que por ello la pluralidad es la regla; que el paradigma biopolítico es sólo un posible punto de partida para hacer análisis, y que va mucho más allá del catastrofismo desde el que se le suele posicionar; que a la filosofía nunca se le ha dado bien la tarea oracular de predecir el futuro; y que utilizar una generalización tan burda como “los filósofos” (universalista y en masculino) no es sino un síntoma de ciertos usos obsoletos del discurso que resultan francamente perniciosos para pensar desde comunidades plurales en donde la diversidad y el desacuerdo son la regla.

A contracorriente del panorama de textos *mainstream*, que se instaló rápidamente en la opinión pública, y que parece obcecado en insistir en el pesimismo y la fatalidad, recientemente han aparecido otros flujos de perspectivas mucho más interesantes, que más que señalar los infinitos ejercicios de poder y dominación que se cometen en las sociedades contemporáneas para someter a las poblaciones, insisten en señalar espacios cotidianos y minoritarios desde los cuales es necesario comenzar a hacer frente a esta situación mundial. Se trata de textos de pensadoras y pensadores latinoamericanos que parecieran tener otro tipo de apuestas.

Así lo hacen, por ejemplo, Luciana Cadahia y Germán Cano, quienes proponen una reapropiación del discurso foucaultiano que, más que redundar en la descripción de los dispositivos de poder, insista en las resistencias posibles para la creación de diferentes dispositivos gubernamentales que favorezcan la emancipación y la igualdad. Así lo hace Rosaura Martínez, quien recuerda que la lucha feminista no ha parado y no debe perderse de vista frente a la situación de pandemia. Así lo hace también María Antonia González, quien muestra la importancia de la reflexividad calma en aspectos cotidianos en este periodo de encierro, con sus exageraciones y sus aporías. Así lo hace también Alejandra Rivera, al hacer precisiones conceptuales importantes en los debates contemporáneos, y trasladando los problemas de la biopolítica a la bioética. Así lo hace Cristina Rivera Garza, en una crónica que nos obliga a pensar el cuidado, en la responsabilidad, en la distancia, en la igualdad inexistente pero posible. Así lo hacen diferentes filósofos y filósofas mexicanas desde diferentes partes del mundo en el proyecto pensarlapandemia.com, convocado por Arturo Aguirre, en el que desde diversas orientaciones y con distintos grados de experiencia se ha arrojado luz sobre aspectos relativos al cuidado, al cultivo de sí mismo, a la empatía y a la habitación de los espacios. Así lo hace la cátedra HERCRITIA, que ha convocado a pensadoras y pensadores a reflexionar desde la comunidad hermenéutica a que se construyen reflexiones, interpretaciones, testimonios y propuestas frente al acontecimiento de la pandemia. Así, lo hizo, desde muy temprano, Josu Landa, proponiendo una problematización compleja de la situación desde horizontes teóricos no necesariamente biopolíticos para plantear un *estado de peste*. Paulina Rivero, asimismo, ha hecho lo propio en su columna periodística, en la que, desde los primeros días, ha hecho puntuales e insistentes llamamientos ético-políticos para afrontar este acontecimiento.

El panorama sigue creciendo. Espero que los flujos de estos discursos coadyuven a desarticular la discursividad catastrofista de la filosofía *mainstream*, y que reinstalen la idea de que la filosofía es, ante todo, una práctica, una actividad cuidadosa, pausada, reflexiva, que se ocupa de la actualidad, y que es capaz no sólo de pensar y problematizar realidades específicas, sino de incidir directamente en la transformación de esas realidades y esas problemáticas.

Espero que los discursos sobre el cuidado, la liberación, la reflexión, la igualdad y la procuración de los otros recuperen los discursos que en el mismo sentido se vienen produciendo desde hace décadas, y así instalar formas éticas y políticas que se superpongan a los discursos de la desolación y la catástrofe que hoy dominan. Por fortuna, esto no depende

de ninguna predicción que se haga hacia el futuro, sino que depende por completo de nosotros mismos.

01 de mayo, maldita sea, mi estudio. Día del trabajo. Hace relativamente poco tiempo, dirigiendo una tesis sobre anarquismo, me enteré de que el día del trabajo en México se instauró como dispositivo disciplinario frente a la exigencia de los trabajadores que, a principios del siglo XX, exigieron garantías y responsabilidades del Estado en ciernes en su búsqueda de acumulación de capital. Ahora mismo, en la central de abastos, en las minas, en las tiendas de Grupo Salinas y en todas las actividades que se consideran esenciales, la gente está siendo abandonada a su muerte. Lo único que ha tratado de garantizar el Estado es que, quienes enfermen, cuenten con un respirador artificial que les auxilie en su improbable recuperación. Lo esencial, desde hace más de un siglo, no es la vida, la justicia, ni el sostenimiento comunitario entre los seres humanos, sino la producción capitalista. Desde mi estudio, en mi situación de privilegio, se vuelve a aparecer diáfano: el capitalismo es el virus. Feliz día del trabajo.

04 de mayo, mi estudio hecho un desastre. Cumpleaños de mi madre. Otro festejo virtual. Mi gato ha decidido ignorarnos y sólo manifestarse cuando quiere comer más. Esta semana inicia el semestre en línea en la FFyL de la UNAM. El paro se levantó de la manera más infame posible. La lucha de las Mujeres Organizadas, sostenida desde hacía cinco meses, perdió la batalla frente a la discursividad de la pandemia. Aunque no compartiera sus métodos ni sus estrategias de lucha, era imposible no empatizar con sus exigencias. Fue triste ver ese fin. Pero no sólo ellas corrieron ese destino. Apenas en diciembre conversé con Gianni Vattimo y charlamos sobre diferentes manifestaciones en el mundo en contra de los estragos del capitalismo. El mundo estaba en llamas, inundado de protestas esperanzadoras. Chile, Venezuela, Argentina, Ecuador, Francia, Japón. El feminismo en todo el mundo.

Hoy todo está en silencio. ¿Cómo volver a alzar la voz? Debe haber un modo. O varios.

10 de mayo, mi habitación. El tiempo ha cambiado sus modos habituales. Diez minutos y una hora no tienen diferencia sustancial. En aras de la cordura, hemos tenido utilizar sábados y domingos para hacer cualquier otra cosa menos trabajar y sacar pendientes. Todo se sigue retrasando. Las noticias sobre los contagios, las muertes y las experiencias del personal de salud y de servicios funerarios son atroces. Hay algo muriendo en la humanidad día con día. Sin importar lo anterior, es día de las madres. Como hace diez días —en el día del niño—, hay largas filas en pizzerías y en pastelerías. La gente denuncia en redes sociales que hay tránsito pesado en diferentes puntos de la ciudad. Hoy pienso que, si todos muriéramos, no se perdería gran cosa.

13 de mayo, ninguna parte. En estos días ocurre el mayor número de casos nuevos y fallecimientos por día. Casi dos mil quinientos contagios y trescientas muertes por día. La

pobreza, la desnutrición, las enfermedades crónicas y un paupérrimo sistema de salud están acabando con esas vidas. No es el virus. La violencia de género parece haber aumentado en el confinamiento. Los feminicidios no han parado. Capitalismo y patriarcado a todo lo que dan.

15 de mayo, otra vez mi cocina, atestada de trastes sucios. Nicolás ha construido, por primera vez, una oración hipotética con estructura condicional y en modo subjuntivo. Ha abandonado la inmediatez. El encierro me ha permitido convivir más con él. Lucho con todas mis fuerzas para que juntos podamos imaginar y construir un mundo diferente a este que nos ha mantenido encerrados y dejando morir a todos aquellos que no han podido quedarse en casa porque no tienen dinero o porque necesitan seguir generándolo para poder vivir.

16 de mayo, sala de mi casa. Estoy luchando con todas mis fuerzas para no sucumbir a la depresión, que desde hace un par de semanas se asoma amenazante. Mi cuerpo necesita oxigenarse, moverse. Hemos intentado hacer un poco de ejercicio. Aunque no funciona muy bien, persistimos. La paciencia de Alejandra es infinita. El gato nos observa con curiosidad y luego se queda dormido bajo el sol. Nicolás lo disfruta mucho.

17 de mayo, mi estudio, otra vez mi estudio. Leo un texto de Naomi Klein en el se habla del fichaje de Eric Schmidt, ex CEO de Google, para reimaginar la realidad post pandemia en Nueva York. Se habla de telesalud, aprendizaje remoto, banda ancha y tecnología, mucha tecnología, en general. El texto, con buen conocimiento de estrategias retóricas, se las arregla para pintar un panorama siniestro. Se habla del aprovechamiento de la pandemia como un laboratorio vivo para ensayar “un futuro permanente y altamente rentable sin contacto”. Se traza un escenario distópico en el que el hogar se convierte en escuela, distracción, educación y centro operativo para todo, lo que sea. Se habla de hipervigilancia. Se habla también de una competencia voraz entre China y Estados Unidos por la hegemonía económica, así como de las estrategias que ya se llevan a cabo y las que se piensan implementar para ganar esa competencia. La tecnología, la vigilancia, el control y el capital aparecen en sus aspectos más siniestros. Se habla de democracia, totalitarismo o, como a Sayak Valencia le gusta decirle, glotartarismo.

En su última parte, el texto pone en cuestión ese futuro distópico. Tímidamente ofrece algunas alternativas para oponer un poco de resistencia. Se antoja difícil. ¿Cómo hacer para oponernos?, ¿cómo hacer para resistir? Más allá de una específica estrategia, me arrojó a pensar que las cosas que ocurren en el mundo no ocurren solas. Es cierto que cada vez hay menos espacios para el pensamiento crítico. Es cierto que la enajenación de las personas está cada vez más a la mano. Es cierto que el capital funciona como esa máquina sobrecodificadora que describieron Deleuze y Guattari y, antes que ellos, Marx. Es cierto que la tecnología, además de traernos grandes beneficios, ha operado algunas de las más grandes tragedias de la humanidad. Es cierto que la guerra, por el motivo que sea, parece ser uno de los principales motores de activación económica en muchísimos sentidos. Es cierto que el

racismo y los nacionalismos tienen bastiones fuertes en ciertos sectores de las sociedades contemporáneas, así como en el rincón más profundo de los corazones de la mayoría de las personas. Es cierto que la homofobia sigue bien instalada en los imaginarios colectivos de grandes sectores de las sociedades. Es cierto también que el odio, la agresividad y la intolerancia parecen ser la regla en el mundo.

Sí, todo eso es cierto, y aún más cosas, muchísimas cosas, pero también es cierto que no es lo único que hay. También hay alegría, resistencia, creación, búsqueda de nuevos horizontes, diferentes formas de racionalidad, empatía. También hay personas, grupos e instituciones que han luchado y lo siguen haciendo para que el mundo no sea tan miserable, que han creado discursos, estrategias y mecanismos para hacer frente a la ignominia. De muchas formas somos herederos de todos esos esfuerzos. Hay que encontrar la forma de persistir en ello. Hay que aprender a crear y reformar las instituciones en las que queremos habitar. Hay que aprender a gobernar y gobernarnos fuera de las lógicas de dominación y sometimiento en las que hemos sobrevivido. Hay que asumir que todo saber que enseñamos, lo que sea, hace mundo. Hay que permanecer siempre abiertos a nuevas enseñanzas y posibilidades. Hay que aprender a compartir y a dejar ir. Hay que amar a toda costa, sin condiciones. Hay que dejar de lado la culpa, el castigo y el resentimiento. Hay que desaprender el mundo capitalista y construir uno nuevo. Hay que volver a discutirnos, conocernos y confrontarnos. Hay que reinventarnos. Hay que insistir y persistir en la alegría; pase lo que pase, no podemos permitir que se pierda. En lenguaje nietzscheano: hay que ser siempre activos.

Ninguna distopía será posible si no la dejamos ocurrir.

17 de mayo, jardín de mi casa. Los números de muertes y contagios han comenzado a disminuir. Jugando con Nicolás, recogemos algunos duraznos que se han desprendido del árbol. Con sus pequeñas manos recoge los que puede y los pone en un cesto. Después de unos minutos, y habiendo conservado un durazno en cada mano, me pregunta, “¿Por qué tengo dos duraznos?” Porque eres muy afortunado, le respondo. Hay mucha gente allá afuera que no tiene un solo durazno. Sin quitar su vista de sus manecitas ocupadas por los duraznos, emprendió una reflexión que no duró más de tres segundos. Pude vislumbrar con claridad la cantidad de cosas que pasaron por su cabeza, y que frenaron en el momento en el que pudo articular, en tono alegre y afirmativo, “Pero yo les puedo dar uno, así yo me quedo con uno y ellos con uno”. Hay que llevar afuera ese adentro.